

Eduardo Lizalde: 80 años

La fidelidad de la poesía

Mauricio Molina

La fidelidad a la poesía es la marca de agua en la obra de Eduardo Lizalde. Poeta de las pasiones y sobre todo de una ironía decantada, Lizalde descubrió un universo verbal propio que se ha manifestado a lo largo del tiempo, a través de libros como *Cada cosa es Babel*, *El tigre en la casa*, *La zorra enferma*, *Caza mayor* y *Tabernarios y eróticos*, entre otros. En su poesía encontramos ecos de la lírica grecolatina, o de los poetas provenzales, leídos a través de Ezra Pound y Baudelaire, pero siempre desde una perspectiva personal, originalísima.

Pocos poetas mexicanos han emprendido, como Lizalde, la búsqueda de una voz personal, en la que vibra el yo poético en todo su esplendor. Lizalde explora los territorios de la ebriedad, la locura, la vanidad, la epifanía, siempre poniendo el acento en la emoción, en la afirmación individual. En la poesía de Eduardo Lizalde confluyen el cuidado formal y el caos serpentina de las pasiones, de modo que la melopeya, esto es, la música de las palabras, el entramado de los versos que resuenan en el oído como vibraciones de mármol nunca están reñidos con una pasión profundamente narrativa: los poemas de Lizalde se ubican en escenas, en momentos. En ellos siempre descubrimos los fragmentos de un drama, de una historia. Y ahí es donde se encuentra la modernidad de Lizalde: como Eliot y Ezra Pound, Lizalde sabe que el poeta, al cantar, se pone la máscara del drama, y da con ello paso a la tragedia y la comedia de las emociones.

No es casual que Lizalde sea un hombre marcado por la pasión, por la música, sobre todo por la ópera. Basta con recordar su hermoso ensayo sobre el joven James Joyce, cantante de ópera. El canto y la escritura, es

decir, el poema como melodía y como construcción verbal, se funden en un todo en los poemas mejor logrados de Lizalde.

Ya desde *Cada cosa es Babel*, Eduardo Lizalde hizo suya la reflexión profunda en torno al lenguaje, preocupación fundamentalmente moderna. Una vez sentados los cimientos de su trabajo poético, en libros posteriores como *La zorra enferma* toma el escenario esa gozosa afirmación del poeta frente al mundo. *Caza mayor* y *El tigre en la casa* se ubican en la zona de las preocupaciones metafísicas y existenciales: el poeta

como cazador de instantes y momentos, el tigre como metáfora de la luz encarnada. En los años ochenta Lizalde publica un libro que es ya hoy un alto irreplicable en la poesía mexicana. Me refiero a esa obra maestra titulada *Tabernarios y eróticos*, libro imprescindible y definitivo que coloca a Lizalde como una de las voces fundamentales y vivas de nuestra poesía.

Escuchar las voces de poetas como Eduardo Lizalde es una experiencia fundamental para quien busca encontrarse con el milagro cotidiano de la poesía. **U**



Eduardo Lizalde